

LA NOVELLA FILM

N.º 28

50 cts.



ODETTE



La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

AÑO I

N.º 28

O D E T T E

Adaptación cinematográfica de la célebre obra de Victoriano Sardou

Genial interpretación del orónimo de
CONDESA ODETTE CLERMONT-LATOUR
por

FRANCESCA BERTINI

la incomensurable trágica

secundada por los siguientes artistas

CARLO BETTI,	en el papel de	Conde Augusto de Clermont-Latour.
CONSUELO SPADA,	"	Sara, hija de los Condes
BLA BERTINI,	"	Julia, esposa de Felipe.
CAMILO DE RISO,	"	Bechnival.
GIULIO BREZNONE,	"	Felipe.
ALFREDO DE ANTONI,	"	Fransesca.
CARLO RUIANO,	"	Cardillac.

CÆSAR FILMS

EXCLUSIVA DE FILMS PIÑOT

Valencia, 226. - BARCELONA



Prohibida la
reproducción



ODETTE

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

La condesa Odette de Clermont-Latour poseía todas las venturas y dones de la vida: un nombre ilustre, una belleza espléndida, juventud, riqueza y cuantos accesorios más existieran para colocarla en lo más alto de la esfera social... pero el tedio, dueño y señor del palacio en cuyo monótono recinto veía ella deslizarse su vida, turbaba su mente que atravesaban pensamientos absurdos.

Romántica de su natural, gustaba de teclear en el piano para arrancarle las tiernas notas de su canción favorita llena de melodía y evocadora de sentimentales añoranzas.

Sara, su hijita, era el mayor tesoro del hogar

de la Condesa, y constituía todas sus esperanzas e ilusiones.

Un asunto urgente obligó a la improvisa al Conde a ausentarse por algunos días del nido de su ventura.



Un asunto urgente obligó al Conde a ausentarse...

Odette, aquel día más acosada por ideas extrañas que nunca, presintió, al despedirse del esposo, que algo malo le sucedería.

Presi de indefinible temor, la Condesa siguió

con la vista el coche donde iba el Conde, hasta su desaparición a la revuelta del camino, y se estrechaba contra el pecho de su hijita, como buscando protección en el angelical ser.

Un misterio envolvía la conducta de Odette desde algunos días. Su corazón andaba en el caso. La barrera de la virtud materna y del respeto conyugal era frágil y amenazaba ceder a los impulsos constantes y eficaces de una falsa pasión encendida en ella por un joven aristócrata adorado de bellas como exclusiva ocupación.

Aquella mañana Odette había recibido una carta de su galanteador, y la circunstancia del viaje de su esposo la impulsó, desecosa de un poco de ideal, a cometer la imprudencia de contestarle en los siguientes términos:

Sr. Cardillac:

Su carta, recibida al tiempo de marcharse el Conde reclamado por un importante asunto, me ha conmovido profundamente. Tanto es así que, desoyendo la voz de mi conciencia, que me ordena ahogar los sentimientos de mi corazón, respondo a su carta con estas líneas.

Sí... amigo mío, creo en su amor.

Pero, por Dios, no me pida una esperanza. Soy esposa... Soy madre...

Considerándole como un buen amigo, con placer le concedo la entrevista solicitada. La celebraremos en el Teatro, esta noche, en presencia de Bechamel y Felipe, los "inseparables" de mi marido, quienes me llevarán al espectáculo y me acompañarán después a casa.

Odette."

Por la lectura de la carta de la hermosa Condesa, Cardillac se afirmó por completo en su persuasión de haber vencido ya el presente objeto de sus anhelos, y, descontando de antemano el brillante final de su juego, vistiéndose para ir a verla donde le citaba.

Felipe, Bechamel y Odette ocupaban un palco en el coliseo de moda.

La representación había comenzado cuando apareció ante Odette el apuesto Cardillac.

Los dos acompañantes de la Condesa aprovecharon la presencia de Cardillac en el palco para, durante un intermedio, ir a saludar a unos conocidos.

Principió el segundo acto de la obra que se representaba, sin que ninguno de los dos amigos

del Conde hubiesen regresado al lado de Odette.

Y, solos, en la poética semiobscuridad del teatro, Cardillac y la irreflexiva Condesa hablaban con misterio sin importarles el espectáculo.



...Cardillac y la irreflexiva Condesa hablaban...

Hacia la madrugada, Felipe, Bechamel y Cardillac acompañaron a Odette hasta el pie de su casa.

La Condesa agradeció su amabilidad, en particular a Cardillac, y creyó cumplir con un deber de delicadeza ofreciéndoles una taza de té en su casa.

Aceptaron la finca los tres hombres, y, mien-



...Felipe, Rechamel y Cardillac acompañaron a Odette...

tras el servicio preparaba la colación, Odette, bajo el imperio de una inquietud que no la dejaba vivir, se dirigió a besar a Sarita, el puro amor de sus amores.

La niña dormía el sueño de la inocencia.

La Condesa la miró largo rato, después de besarla, desde la puerta de la habitación de la



La Condesa la miró largo rato, después de besarla...

pequeña, y luego desapareció lentamente luchando contra un poder que la tiranizaba.

Odette se reunió con sus amigos y les disimuló su estado de ánimo.

Cardillac observóla con detención y murmuró intimamente: "*La plaza capitulará esta noche.*"

Para confiar en ello había de contar el aristócrata con medios. Uno de ellos era la llave de un corredor secreto, la cual obtuvo indirectamente.

Al despedirse con Felipe y Bechamel de Odette, Cardillac le repitió con la mirada algo que le dijera ya con los labios, y la Condesa no tuvo fuerza bastante para prohibir categóricamente...

Al salir de la casa de Odette, Cardillac presentó una excusa a los amigos del Conde para separarse de ellos, y dió con precauciones de ladrón la vuelta a la morada de la amenazada virtud.

Una inundación había imposibilitado al conde de Clermont-Latour el continuar su viaje, y regresaba a su casa en el momento en que sus "inseparables" acababan de despedirse de Cardillac.

—¿A qué se debe tu inesperada vuelta?— le preguntó al Conde el jovial Bechamel.

—Una riada ha cortado las comunicaciones.

Debo aplazar mi salida. ¿Qué, habéis ido al teatro con Odette? Gracias, amigos míos... Entrad un momento... charlaremos...

—Es algo tarde...—objetó Felipe.

—Ya nos veremos mañana—añadió Bechamel.

—Vamos, un ratito nada más.

Accedieron aquéllos a los deseos del Conde y volvieron a verse en el salón donde poco antes tomaban el te con Odette.

Cardillac se había introducido en la casa por una puerta secreta y con sumo sigilo se acercaba a la del salón, de la cual poseía una llave.

El Conde interrumpió su plática con sus amigos al oír un ruido sospechoso...

Felipe y Bechamel convinieron con él en que de la habitación contigua a la en que ellos estaban llegaba el rumor de pasos cautelosos.

Todos pensaron en que se trataba de un ladrón y apagaron las luces para, preparados, sorprender al malhechor.

Cardillac echó la llave a la puerta hacia la cual miraban los tres amigos, y cuando traspuso el umbral de la misma el Conde dió la luz.

Cardillac no esperaba recibir tal sorpresa.

Felipe y Bechamel quedáronse asombrados.

El Conde, aterrado por la idea de la infamia de la esposa en quien confiaba a ciegas, echóse encima a Cardillac.

—¡Miserable!

El osado que sin compasión persiguiera a Odette, salió en justa defensa de ella.

—Juro a usted por mi honor que la Condesa es inocente; soy yo el que a peso de oro he logrado adquirir esa llave.

Aquel hombre hablaba de su honor como si en realidad lo tuviera.

El Conde rechazó las palabras de Cardillac, y los amigos de aquél franqueáronle la salida al culpable.

Inmediatamente el Conde tomó una inquebrantable resolución: trasladar en el acto a la niña a sus habitaciones y arrojar de su casa a la pérfida mujer.

Efectuado lo primero, oyéronse de nuevo pasos misteriosos, procedentes esta vez del interior de la casa, y suponiendo que era Odette quien llegaba, el Conde apagó las luces y con sus amigos esperó a que aquella entrase en el salón.

Era, en verdad, Odette. No había podido con-

ciliar el sueño temerosa de que Cardillac se atreviera a cumplir la palabra que le diera de visitarla aquella noche, a solas.

El Conde se prestó a interpretar una comedia que desgarraba su alma, y fingió, en las sombras, que era Cardillac.

Sobresaltada, Odette tendió una mano al "atrevido", recomendándole el mayor silencio y discreción.

Entonces la luz se hizo súbitamente.

Odette vió, muerta de espanto, a su marido, como un espectro acusador.

Felipe y Bechamel se habían ocultado para evitar a Odette la vergüenza de saber que su torcido paso tenía dos testigos más.

—¡Malvada! ¡Tenía fe en ti! ¡Oh, cuán vil eres! Esperabas a alguien, ¿no?...—le increpaba el Conde.

Odette negó obstinadamente su culpa, pero el esposo ofendido le demostró que eran inútiles sus protestas de inocencia, llamando a su presencia a sus dos amigos.

—Cardillac fué sorprendido por nosotros tres cuando se introducía como un granuja en este salón. ¡Debia matarte!

Felipe y Bechamel contruyeron al Conde para evitar que se dejara llevar de la exaltación que lo dominaba.

Odette, abatida por la muesa de la adversidad, esperaba, abrumada, el resultado de la



Felipe y Bechamel contruyeron al Conde...

cólera del Conde.

Este, implacable, pronunció la sentencia atroz: desde aquel instante no existían para la esposa culpable ni el marido ni la hija.

Odette se precipitó como una demente a la

habitación de su hijita... ¡y vió la cuna vacía!

Inmediatamente regresó a la vera del Conde y, desgarrada en sus fibras más delicadas, clamaba por Sara, la hija de sus dolores, fruto de su sangre y de su vida.

Mas el dolor, la ira, el desprecio habían cerrado en el corazón del Conde todo camino a la piedad.

Odette salió aquella misma noche de su casa, sin saber cómo podía hacerlo, pues dejaba en ella al tierno ser sin el que no viviría...

El Conde se mantuvo firme en su criterio... y el gesto generoso que hubiera salvado a un alma del eterno dolor, faltó en aquel instante, para desventura de todos.

Felipe siguió a Odette hasta la calle y, compasivo y noble amigo, le ofreció leal protección e interceder en su favor con su amigo Bechamel cerca del airado esposo.

Odette, apoyada en la verja del nido que ya no era suyo, lloraba... lloraba...

...Y el brutal, el obligado epílogo de estas tragedias del honor, tuvo lugar al día siguiente en la misma finca del Conde, y Cardillac fue herido...

II

Han pasado quince años.

En Niza, alejado del bullicio de las grandes capitales, vivía el conde de Clermont-Latour consagrado al amor de su hija.

Sara, linda como un día de sol de primavera, crecía como flor de invernadero en las auras perfumadas de la poética Costa Azul, adorando en su padre y venerando el recuerdo de su madre...

Entretanto, en la bulliciosa Nápoles, la condesa Odette llevaba una vida de grandeza y desenfreno.

Pero su alma estaba enferma... Su rostro reflejado en el espejo confidente de su retiro, no

podía mentirle como lo hacía cuando se entregaba a las fiestas donde reinaba la locura y la belleza.

En un rincón delicioso de la Riviera habían hecho su nido Pélape y su joven esposa Julia,



Odette, apoyada en la verja del nido que ya no era suyo...

ambos viejos amigos del conde Augusto.

Un día, aquél recibió la siguiente carta del Conde:

"Querido Felipe:

Espero con impaciencia tu prometida visita. No tengo ninguna noticia de la mujer que cargó mi existencia. Me has asegurado, sin embargo, que vive en Nápoles y que sus escándalos



...Su rostro reflejado en el espejo confidente no podía mentirle...

han hecho hablar más de una vez a la crónica mundana. Como ya te escribí, Sara cree que su madre ha muerto y la pobre niña vive consagra-

da a su recuerdo. Para mayor amargura mía he debido inventar la fábula de que su madre pereciera ahogada durante un paseo marítimo, pues quería a todo trance ir a visitar su tumba para verter sus lágrimas sobre ella. Puedes suponerme lo que he sufrido y sufro al tener que alentar esta impostura, y os ruego a ti y a tu mujer que tengáis en cuenta todo esto cuando os halléis en presencia de mi hija.

Te abraza tu amigo

Augusto."

Felipe y su amante esposa volvieron imaginariamente al pasado y la tristeza de la realidad les conmovió el corazón. ¡Pobre conde Augusto! ¡Pobrecita Sara!

Por aquellos días, Bechamel, el otro testigo de la tragedia que cambió los destinos de la casa de Clement-Latour, tuvo en Nápoles un encuentro que renovó pretéritas y penosas memorias: la condesa Odette, astro en el ocaso...

Ella bendijo aquella casualidad y rogó a Bechamel que fuera a verla a su casa, para hablar de aquellos tiempos en que era feliz... y de su hija olvidada y querida siempre a pesar del olvido de ciego y fatal desenfreno en que se

lanzara para cerrar la llaga viva de su misero corazón...

Odette vivía en un magnífico palacio que le brindara la liberalidad de un Príncipe, y todo era en su actual existencia lujo y disipación.

Bechamel cumplió su palabra de acudir aquella noche a su casa, y llegó en medio de la fiesta que en ella se celebraba.

Odette era la reina de aquel paraíso terrenal... pero Bechamel vio en la soberana a la desventurada mujer que posee un secreto y que sufre sin comparación aunque todo en ella quiera aparentar lo contrario.

Era una pobre reina... sin más trono que el brillo de la hipocresía, del interés y de la codicia...

Tan pronto apareciera el íntimo amigo de su esposo, Odette fué a su encuentro y descrió de los salones radiantes de esplendor para aislarse con él en el jardín donde todo era reposo.

Allí, con voz que parecía arrancada del fondo de su corazón enfermo, preguntó la Condesa por su hija, el capullo de gracias, hoy flor galana,

que perdiera para siempre por obra de la fatalidad.

Bechamel dedicó justos elogios a la pureza de sentimientos de Sara, y sus palabras caían cual gotas de bálsamo en la herida siempre abierta de la infortunada madre.

Y Odette alivió también su pecho en silencioso llanto...

Bechamel, conmovido, reconyino a Odette por su vida desordenada, haciéndole observar que no era el camino que siguiera hasta el presente el que la conduciría, un día, en el camino de su hija...

Entonces, Odette confesó la tortura de su vida, su eterno dolor que, cuando era demasiado intolerable, sólo tenía un lenitivo... la droga de los sueños, que consume y mata lentamente... pero que detiene, por unos momentos, las penas...

Bechamel comprendía el calvario de la madre sin hija y sin hogar querido... y puso a contribución la fuerza del afecto que por piedad le seguía dispensando y que se acrecentaba de continuo por sus amigos, el Conde y su primogénita hija.

Odette fué dichosa todo el tiempo que tuvo a su lado a Berchamel, y al despedirse éste a avanzada hora de la noche, le rogó se acordara de ella a menudo para hacerle la caridad de su plática acerca de los seres que jamás abandonarían su corazón mientras corazón tuviera...

—¡Ah, mujeres, mujeres... qué cortas de reflexión sois!— decía para sus adentros el viejo amigo. Mas, a continuación, rectificaba con vehemente indignación— ¡Los hombres somos unos... cobardes!

En efecto, Carbillac había roto, por puro pasatiempo, el collar de perlas que el mundo hubiera ensartado para el cuello de Odette con los brazos amantísimos de su hija...

Ahora, ni la esperanza le pertenecía... ¡Ella valía tan poco! ¡Acercarse a la que diera el ser a riesgo de su propio cuerpo, sería mancharla! ¡Y eso, no... aunque se muriera presa de la más torturante desesperación!

Sin embargo, es el corazón tan niño cuando llora por algo...

Las más rudas empresas pueden vencerse con la voluntad que uno les opone... pero, a veces, en el momento crítico en que son fuerza el

tesón y la energía, el volcán que hervía en recónditos rincones hace erupción y lo derriba todo...

Eran ya varias las vacilaciones que tuvo Odette... y por poco no rompiera la cadena con que había sujetado sus laridos maternales, para presentarse a su hija, arrojarse a sus pies, y clamarle:

—¡Perdona a esta mujer que no quiso ser mala...! ¡Perdónala, hija, porque es tu madre!

Y hubiera besado los ojos de la indulgente criatura, que lloraría con ella hasta fundir sus lágrimas con las suyas...

¡Pobre Odette!

III

Algunos días después del primer encuentro de Odette y Berchamel, éste recibió una carta de su amigo Felipe concebida en los siguientes términos:

"Querido Bechamel:

Va es hora de que te despidas de Nápoles y de las napolitanas, viejo verde. En Niza te esperamos Augusto, su hijo Sara, mi mujer y yo, para pasar alegremente el carnaval. Además, el Conde quiere que te hules aquí para cuando se celebren los desposorios de su hija.

Conque, ya lo sabes, no nos des el disgusto de no verte pronto a nuestro lado.

Recibe un cariñoso saludo de mi esposa y un abrazo de tu amigo,

Felipe."

Bechamel no titubeó en la elección de Nápoles y Niza, esta última con vistas a las fiestas carnavaleras, y optó por volver a Francia, reuniéndose con sus sinceros amigos que lo recibieron con los brazos abiertos a la expresión de la alegría.

El mayor anhelo del Conde desde el regreso de Italia de Bechamel, era saber noticias de Odette.

Por las respuestas evasivas que hacía el amigo a sus interesadas preguntas, el Conde se convenció de que Bechamel había visto a su esposa y conocía exactamente su vida.

—No me finjas más ignorancia de lo que debo saber, Bechamel. Habla sin que te importe el efecto que tus revelaciones puedan causarme. ¿Qué es realmente de ella?

—¡Bah, Augusto, qué quieres que sea, la infeliz!... ¡Una infeliz... y eso sobra! Está arrepentida de no haberse rebelado a tiempo a la fuerza invisible que la precipitó en el mundo de miserias en que se halla prisionera... Parece sufrir mucho, Augusto... A mí me dió lástima...

El Conde combatió la idea de misericordia que atravesaba su mente, para no moverse—pues oscilaba—de su almentado criterio de intransigencia con la culpable, de cuya muerte estaba en la creencia su hija.

Un día, y organizado por el Conde, efectuóse un paseo por el mar azul de la maravillosa costa de la poesía.

Bechamel, Felipe, su esposa, Sara y el Conde eran de la partida.

De pronto, Sara evocó el "triste fin de su madre", y rompió a llorar con amargura.

Todos se consultaron con la mirada... y de tristeza llenáronse los corazones...

Pues Sara, vencida por la dolorosa visión,

relató a sus amigos cómo pareciera su pobrecita madre.

La esposa de Felipe no podía contener sus lágrimas al ver llorar con acentuada expresión a la huérfana de cariño materno, y los hombres cometían, por compasión hacia el amigo, la hipocresía de no verter por sus ojos la emoción que embargaba su pecho.

Sara sollozaba con extraordinaria aflicción, y ante el puro, magnífico, sublime dolor de la hija amada, el padre, alatido y viejo, también se puso a llorar.

Berthamel y Felipe rogáronle con afectuosa insistencia que se sobrepusiera a la debilidad en que había caído delante de su hija, pero el hombre que amó mucho no puede olvidar nunca a la mujer que era su vida...

Lo que había hecho llorar al Conde era la comparación que estableció entre el corazón limpio y claro de su hija y su propio corazón. El de Sara no recelaba la tragedia que provocara un día su madre, venerando su nombre por encima de todo después de Dios... convencida de que una madre es lo más hermoso que existe en

la tierra, lo más digno de amor, de besos y de adoración...

En cambio, su corazón de hombre se mostró, cuando se le presentaba ocasión de ser piadoso, demasiado cruel, y aun se resistía, aunque sintiérale destrozado, a perdonar.

Sara hubiese perdonado a la ciega culpable. Se habría arrojado a sus brazos suplicante y le hubiera dicho: "¡Mamá, mamita, tú no puedes ser mala... no lo eres... no lo has sido nunca... no lo serás. Yo te protegeré con mi cariño!"

La madre, al borde de la ruina, hubiese reaccionado y, horrorizada de su irreflexión que podía serle fatal, habría bullucido temblorosa: "¡Hija mía... mi vida... mis amores... Perdoname!"

Y en los brazos de la suetra habría hallado la pecadora la redención.

* * *

En Nápoles, Odette seguía con el Príncipe que toleraba sus extravíos a cambio del orgullo

de presentarse en sociedad en compañía de tal belleza.

Pero, juguete de las pasiones, sin fuerzas para luchar, la Condesa dió oídos a las insistentes pretensiones del aventurero Frontenac, quien, valiéndose de su habilidad a toda prueba, le hizo creer que alimentaba por ella una gran pasión.

Arrastrada por él, Odette rompió la dorada cadena con el Príncipe magnífico, y en compañía de Frontenac, su tirano, recorrió las etapas de una rápida decadencia.

Pronto se menguaron los recursos que Odette aportaba al pactar la inteligencia con Frontenac, y fué fuerza precaverse de la ruina que los amenazaba.

Frontenac, caballero de industria avezado a todas las truhanerías, propuso a Odette, como medio salvador, trasladarse a Niza y allí buscar en el juego los recursos que precisaban...

La Condesa, reducida a humillarse, aceptó seguir a Frontenac y prestarse a lo que él quisiera...

Mientras tanto, en el plácido nido del Conde,

se celebraba un fausto acontecimiento precursor de días venturosos...

Tenía lugar la presentación oficial del futuro esposo de la gentil Sarita.

¡Qué escena tan bella para una madre!



...propuso trasladarse a Niza y allí buscar en el juego...

¡Cuánta amargura experimentó el Conde porque faltaba esa madre en aquel cuadro tan hermoso!

Sin embargo, la felicidad de la hija ahogó pensamientos internos, y Augusto rióse con todos para testimoniar a los prometidos la alegría que la no lejana boda le causaba. No obstante, Bechamel se había disgustado con Sara, y no quería, de ningún modo, tomar parte en la satisfacción general.

¿Qué había podido motivar el enfado del viejo amigo?

Hemos dicho viejo y rectificamos la palabra por esta otra: antiguo. No queremos enemistarnos con el simpático Bechamel que no puede sufrir que lo llamen viejo.

— ¡Qué viejo ni qué ocho cuartos, si yo soy aún más ágil que un filgucrito! — repetía él siempre a quienes se les iba de los labios la palabra de marras.

Como se consideraba aún bastante joven, Bechamel, soltero, buscaba novia para casarse.

Precisamente la que había elegido levantaba el vuelo. Esa "croqueta" era la mismita Sara.

Por eso se enfadó con ella, y se lo dijo sin rodeos, muy claro, mucho más que el agua de jabón (?):

— Yo no puedo dar mi conformidad a la pró-

xima boda, con otro hombre, de la mujer que yo amo.

La ocurrencia del jovial Bechamel sacó de dudas a todos, y se hicieron divertidos comentarios.

Naturalmente, Bechamel tomó entre las suyas las manos de Sara, y con todo su corazón le dedicó las más galanas frases a su juventud, su belleza, su bondad, y a la dicha imperecedera que todo eso se merecía.

El padre no cabía en su cuerpo de gozo.

¡Suenan tan bien las palabras cariñosas que se dirigen a los que queremos!

En cuanto al novio, un distinguido y simpático joven de buena familia, que amaba a todo amar a Sara, vivía en aquellos momentos las horas más felices de su vida... y la esperanza del mañana... le hacía sonreír...

Odete se había instalado en Niza con Frontenac, en una casa de juego.

El negocio, con la ayuda de cartas falsas, daba bastante de sí.

Erase la época del Carnaval, y su cortejo de fiestas empezaba con el esplendor tradicional de la bella ciudad francesa.



Bachanael, con toda su corazón le dedicó las más galanas frases...

El Conde, su hija y sus amigos participaban en el certamen de coches y carrozas artísticas que celebraba el Ayuntamiento.

Odette y Frontenac, en un landó adornado con flores, también asistían a la fiesta.

Ignorándose unos y otros en Niza, la sorpresa de un encuentro sería mucho más brutal.

Ese encuentro lo estaba fatalmente preparando el destino... y tuvo efecto en la batalla de colores y de aromas durante el desfile de los coches concursantes.

Madre e hija se arrojaban flores entre risotadas francas y de buena simpatía.

De pronto, Odette se fijó en el Conde, y reconoció en la agraciada joven a la hija de su corazón.

Pero, prestamente, sentóse en su coche y se ocultó cuanto pudo para no ser reconocida.

—¡Dios mío, es ella, es ella, sí!—murmuraba la infeliz.

Y, sin hacer caso a Frontenac que quería divertirse, Odette regresó a su casa, sumiéndose en profunda desesperación.

—¡Qué martirio, qué martirio!—clamaba.

Sus sufrimientos pasados, comparados con los presentes, no eran más que humo.

Sufrir como lo hacía ahora, era una muerte trágicamente lenta.

Al día siguiente, en la casa del Conde, donde todo eran alegres preparativos, una sombra pasó, Bechamel, con cara de asombro se presentó



— ¡Qué martirio, qué martirio!

a sus amigos el Conde y Felipe, y le dió a leer al primero, asegurándose de que Sara y su novio no los podían ver hablar con misterio, este

artículo de un periódico de aquella mañana:

En la batalla de flores celebrada ayer tarde, uno de los coches que más sobresalieron y llamaron la atención por su riqueza y esplendor, fué el de la condesa Odette de Clermont-Latour.

Felipe y Bechamel cubrieron con sus cuerpos al Conde de las miradas de los demás, pues en el rostro de Augusto se pintó el terror más espantoso.

Inmediatamente se hizo desaparecer el periódico en cuestión, y el Conde, temeroso de una imprudencia por parte de la Condesa, suplicó a Felipe que buscara un medio de alejarla de Niza.

Luego, Augusto, entetó en pocas palabras a la esposa de Felipe de lo que ocurría y le rogó que vigilase a Sara por sí en la fiesta a la que todos ellos iban se cruzara Odette en el camino de su hija.

Para disimular mejor la pena que en aquellos momentos roía su alma, el Conde enlazó por el tallo a la esposa de Felipe y Sara, y tras de dedicar cariñosas miradas a la última, salieron los tres con algarabía...

Aquella blanca visión, visión de candor y de

pareza entrevista un instante en el fragor alegre de la batalla, no se apartó ya más de la mente de la dolorida madre.

Y Odette, vencida por tanto penar, buscó en la droga peligrosa un momentáneo olvido de sus



Luego, Augusto, enteró en pocas palabras a la esposa de Felipe de lo que ocurría...

dolores. Una inyección de morfina mataba el dolor... aunque también mataba el cuerpo...

IV

Difícil, en verdad, era la misión de Felipe. ¡Pedirle a una madre el sacrificio supremo de alejarse de la ciudad en donde se encuentra su hija!

Odette parecía esperar la visita de un amigo que le trajera noticias de los suyos.

Sí, lo esperaba... El corazón se lo decía. Alguien debía haber leído el periódico que publicaba su nombre, o la había visto la tarde anterior.

Odette, con indiferencia que no tuvo con Bechamel, pero con alegría íntima por su visita, recibió a Felipe.

La acentuada indiferencia de Odette tenía

un objeto: demostrar que todo lo de la vida la tenía ya sin cuidado, que su calvario había sido muy penoso, y que ya no quedaba en ella más que frío y olvido.

Odette quería que Felipe fuera a repetir al



Para disimular mejor la pena que roía su alma, el Conde...

Conde, que la esposa arrojada por él cuando podía salvarla, vivía sin preocupaciones y entregada a sus caprichos.

—¿Quiere usted un cigarrillo suave, Felipe?
—le ofreció.

—No, señora... Odette... Usted ya debe con-



Y Odette, vencida por tanto penar, buscó en la draga peligrosa...

prender a lo que yo he venido aquí.

—Lo envía el Conde, ¿no es eso? ¿Y qué quiere de mí su amigo?

—Odette, bien sabe usted—por lo que usted misma ha debido sufrir—cuál ha sido el martirio de Augusto, y la honda pena que en mi pecho de arrigo he sentido desde aquella maldita noche. Usted ha seguido el camino que en un mo-



—¿Quiere usted un cigarrillo suave, Felipe?

mento de odio escogió... ha vivido... sigue en él... y el dolor, con el tiempo, se habrá aliviado...

El Conde ha sido siempre torturado por el

temor de que usted se interpusiera con su reaparición cerca de él en la felicidad de su hija Sara.

Es por Sarita por la que yo he venido a hablar a usted, Odette... Por su hija que en breve contraerá matrimonio y que será muy feliz. La dicha de esa inocente criatura vale los más sublimes sacrificios... Máchese usted de Francia, Odette, oculte su nombre... que esa niña no sepa...

—No siga, Felipe... Por favor...

—Perdón, Odette...

—¿Perdón? No, amigo mío, Yo tengo conciencia de lo que soy, de lo que valgo, y sé que equivalgo a nada... No es toda mía la culpa... Más Sara está al margen de las miserias de sus padres... y estoy dispuesta a alejarme para siempre de donde ella esté, pero impongo una condición...

—Hable...

—... Quiero verla por última vez! ¡Abrazarla con toda mi alma!

—¿Pero, Odette, esto es un imposible! ¡Su corazón de madre no resistiría la prueba!

—Sabré dominarme... Si mi deseo es rehusado, el que le ha traído a usted hasta mí también lo será. La compensación que pido es muy humana, Felipe...

—Meditaré sobre su base, Odette... Sin em-



—*¡Quiero verla por última vez! ¡Abrazarla con toda mi alma!*

bargo, si usted quisiera... esforzándose un poco... esa dolorosa entrevista que propone... podría evitarse en bien de todos...

—Un sufrimiento más ¿qué me importa ya!

Ustedes, los hombres, tal vez no comprendan a una mujer que... a pesar de los pesares... es madre. Por un abrazo de mi hija, todo... Prefiero el dolor de verla una sola vez más entre mis brazos para encontrar en ello el valor necesario para desaparecer para siempre, al recordamiento eterno de no haber sido... a la manera que las circunstancias me lo han permitido... una buena madre. ¿Es mi deseo una exigencia, Felipe?

—No tal, Odette... Pero, el Conde...

—No es preciso que nos veamos... ¡V si tiene una brizna de corazón siquiera, no puede negarse a mi súplica!

—Hoy mismo, pues, recibirá usted una respuesta. Adiós, Odette...

—Adiós, Felipe... buen amigo: difícil ha sido su misión. Perdome a esta mujer desgraciada los pesares que le ha causado. Un amigo sufre por los que aprecia... También yo he merecido su estima y le he hecho sufrir... Adiós, Felipe... Ame siempre con fe ciega a su esposa... Dele, esta noche, cuando juntos olviden que existen más seres que ustedes dos, un beso en la frente... Es un beso que mi alma le ofrece, y yo,

desde mi lecho, pensando en ella, la pediré al cielo que sea feliz.

—¡Gracias, Odette!...

—¡Bah! No se entristezca usted... Adiós; esperando quedo la noticia de lo que se resuelva en contra o a favor mio.

—Procuraré que la espera sea breve. Hasta después.

Y se marchó Felipe.

Sola, Odette desató su pena...

Felipe fué a contarle al Conde, con quien se hallaba Bechamel, el resultado de su embajada cerca de su esposa.

El relato conmovió a los que le oían, y el Conde, afligido, pero resuelto, no vió más camino que ir en persona a visitar a Odette, y afrontar bravamente con ella la grave cuestión.

En la casa de Odette triunfaba el tapete verde...

Fromenac ganaba... y un ojo escrutador espiaba su juego.

El caballero de industria hacía trampa para asegurarse las ganancias, pero fué al fin desenmascarado bruscamente delante de numeroso público, y el escándalo estalló, imponente, abandonando en el acto la casa la totalidad de la concurrencia.

El Conde y Felipe presenciaron el apresurado desfile de la gente que comentaba la indigna conducta de Fromenac con vehemente exaltación, y el primero rechazó por un momento la idea de presentarse ante Odette, considerándola caída demasiado bajo.

Reaccionó, y como el motivo de su entrevista con la esposa despreciada se apartaba de su interés personal, siguió adelante.

Odetta estaba cariacontecida por lo que acababa de suceder en su propia casa.



El relato conmovió a los que le oían, y el Conde, affigido...

Y era en aquel instante que el Conde, por primera vez desde la noche trágica que viera la ruina de su felicidad, se encontraba frente a frente con su esposa.

El Conde, despertando en él adormecidos recuerdos, miró de hito en hito con hostilidad a Odetta.

Ella tuvo que apoyarse en una pared para sostenerse en pie, pues sus piernas flaqueaban



Ella tuvo que apoyarse en una pared para sostenerse en pie...

ante el airoso esposo.

El Conde le habló con dureza así:

—Te encuentro al borde mismo del precipicio.

Te has arruinado y ahora mismo la vileza de ese hombre que robaba a los incautos jugadores, arroja sobre ti un eterno oprobio. ¡Toma este dinero, y dame la promesa de que te alejas de Niza para siempre!

—¡Dinero!! ¿Te atreves a burlarme de ese modo? Eres cruel, mucho más de lo que creí. ¡Tú tienes la culpa de todo! Yo era inocente, y a pesar de ello me arrojaste a la calle y me robaste a mi hija, la hija de mi sangre y de mi vida!...

—¡Lo mereciste!

—¡No!! ¡Mentira!! ¡Tenía derecho a un poco de piedad!

—¡Terminemos! ¡Nunca consentiré que veas a Sara! Tú misma debías reconocerlo para evitarme este paso...

—Pues bien; he aquí mi firme propósito; ¡no me marcharé sin antes verla!

—¡No será!

—Entonces, Odette de Clermont-Latour vivirá en Niza para tu tortura. ¡No, no le haré ningún daño a mi hija, que no llegó a tal extremo mi condición!... Pero a ti, insensato... ¡Oh, vete, vete!...

Imponiéndose a sí mismo, el Conde, inflexible, alejóse de Odette, y regresó a su casa con Felipe.

En su hogar, el Conde y sus dos amigos Bechamel y Felipe, celebraron un consejo para encontrar una solución al problema planteado por Odette.

¿Qué hacer?

Los amigos se mantuvieron a discreta distancia del fondo de la cuestión, convencidos de que el Conde cedería a su propio orgullo.

En efecto, tras cruel alternativa, el Conde, movido de una invencible piedad, accedió al supremo sacrificio.

Odette recibió poco después la siguiente carta de su esposo:

Vérs a tu hija en mi presencia. Ten piedad de ella, no quieras destruir su felicidad, e impón silencio a tus fibras... Ella cree que pereció ahogada en el mar, y conviene, para su eterna ventura, que siga en esta creencia. Preséntate como... amiga de su madre.

Odette besó mil veces esa carta y se preparó con alán para correr a oír y sentir a su hija.

En tanto que el Conde le decía a Sara:

—Vendrá a verte una señora amiga de tu madre. No te extrañe su actitud. Muriósele una hija de tu edad y la desdichada llora a todo instante su desgracia.

—¡Qué alegría, papá, poder hablar de mamá con esa señora!—exclamó Sara.

Y el Conde movió tristemente la cabeza.



Odette, enlutada de cuerpo como de corazón, salía de su casa, y con el pecho oprimido por la emoción, se dirigía al que debió ser su hogar.

El Conde, intranquilo y nervioso, la esperaba.

Sara, candorosa y santa, deseaba recibirla pronto para dedicar de viva voz unos gratos momentos al querido recuerdo de su madre.

De súbito el dolor apareció en el umbral de la casa venturosa.

Odette había llegado.

El Conde, serenándose y adoptando un gesto afectuoso, recibió "a la amiga de su esposa" y la presentó a Sara.

El rostro de Odette expresaba su profundo sufrimiento, y su paso vacilante inducía a la clemencia el corazón del Conde.

Este le tuvo lástima, mas no lo quiso demostrar sino cuando Sara podía verle.

La inocente hija se acercó a Odette, le dió la mano, y abriéndole en seguida sus sentimientos, le dijo, invitándola a sentarse:

—Señora, usted había conocido a mi madre. Hábleme de ella. Dicen que era tan hermosa, tan buena...

—Sí, sí, era muy hermosa, muy buena, muy caritativa...—repetía Odette.

—Sí, papá la quería mucho. Yo también la hubiese querido siempre... Si pudiera verme ahora, pobrecita mamá, qué alegría tendría... Dentro de poco tiempo, me caso. ¡Oh, cuánto daría por tenerla aún! Y papá también, pobre papá, que casi lloraba cuando me avisó que usted vendría. "Esa señora conoció a tu mamá," me dijo, y se le escapaban las lágrimas. No lo

niegues; papá; quien llora alivia sus penas y demuestra que es bueno.

Odette y el Conde no osaban mirarse. El rolo de sus almas bañaba sus párpados...

Y Sara, entregada a la evocación de "la desaparecida" continuaba su charla.

Avídamente, sintiéndose anegada de lágrimas por la veneración en que la tenía su hija, Odette la escuchaba con unción.

¡Nunca, después de oirla, podría tener valor para romper el encanto de la acrisolada virtud de ella misma en la mente de su hija!

¡St. era piadosa la mentira empleada!

Pero, oirla, mirarle los ojos, verse en ellos reflejada, y no poder gritar "¡hija mía!", es el mayor suplicio que se pueda imponer a una madre.

Y la tortura de Odette se prolongaba.

Sara, toda al culto de la "muerta", le mostraba a su propia madre pequeños recuerdos de ella misma, reliquias sagradas sobre las que muchas veces desahogó su aflicción.

Después de esto, se sentó al piano y le arrancó las notas de la dulce romanza preferida por

Odette, y el sentimiento filial dió a la melodía acentos de una ternura inefable.

Odette sufría atrocemente, y se postró de hinojos ante su esposo implorándole piedad. Aquello era demasiado para su enfermo corazón,



Aquello era demasiado para su enfermo corazón

Pero Augusto, aparentemente incommovible, le ordenaba la mayor prudencia.

Y los sollozos desgarradores de la madre mártir se mezclaban a las notas evocadoras.

¡Saberse así amada por su hija, qué dicha para una madre!

Y en un soplo apenas perceptible, Odette pronunció al oído de su esposo, a quien sacudió un escalofrío de humanidad:

—Gracias por haberme permitido que viniera a verla... Ahora me iré... para siempre...

Sara había terminado la romanza y vió llorar a su ignorada madre.

—¿Por qué llora, señora? De haberlo sabido, no hubiese evocado en usted recuerdos tristes.

—Fue la música... Interpretaste tan bien esa romanza...

—¿Se marcha usted ya?

—Es necesario que los deje a ustedes sin más tardar. Estoy de paso en Niza... Sí... por eso anuncié mi corta visita al señor Conde... Debo hacer aún algunas diligencias... Adiós, Sara... ¿Me das un abrazo... y un beso?

—Con todo mi cariño, señora.

Fue un momento temido por el Conde.

Las dos mujeres juntaron sus rostros, y la madre besó con pasión a su virtuosa hija.

Odette se recobró a tiempo de no revelar su personalidad, y Sara, contagiada de la misma

tristeza de su madre, estrechóse contra su pecho palpitante y generoso.

El Conde dudaba del suficiente esfuerzo de Odette en cumplir su promesa de no descubrirse, y ardía en deseos de que se marchara.



Sara estrechóse contra el pecho palpitante y generoso de su madre.

leyendo en los ojos del esposo la angustia que su prolongada presencia en su casa le producía, y no estando muy segura de sí misma,

Odette inició la salida, pero desde el umbral de la misma, donde llegó con paso de condenado a muerte aterrado, se volvió a mirar a su hija.

Sara vió un tan punzante dolor, una tan infinita congoja en los ojos arrasados de la pobre madre, que un movimiento espontáneo la llevó a sus brazos...

Aquel fué el momento más sublime que imaginarse pueda la más amante madre,

¡Era la despedida... el último adiós!

Después... desapareció el dolor... una niña lloraba abrazada al cuello de su padre... una infortunada madre emprendía triste calvario... y un hombre, roto su corazón, se sentía viejo, débil...

Cuando el sol descendía sobre el mar de plata, Odette embarcó en un velero y fué mar adentro...

Una idea dominaba su espíritu...

Y en aquel atardecer magnífico, la fábula, inventada por la piedad de un padre, se convirtió en trágica realidad.

¡Odette, la mártir, habiase suicidado!

El cuerpo de la desventurada fué recogido por unos pescadores, y Bechamel tuvo noticia de lo ocurrido.

Con voz temblorosa y entrecortada por la emoción, el amigo de la infeliz y del Conde, enteró á éste, sin poderlo remediar delante de Sara, de la tragedia.

—Es la amiga de la pobre Condesa—dijo al nombrar a la suicida.

El Conde, dolorido, ordenó la conducción del cadáver a su casa, y en ella Odette durmió su último sueño.



...Sara se arrodiló junto a la sin vida, para acompañar su alma...

—¡Oh, pobre señora! ¿Por qué quiso morir, papá?—sollozó Sara.

—Esa pobre mujer... sufrió mucho, hija mía—contestó el Conde, desfallecido.

—¡Pobrecita! ¡Tan sola... tan triste estaba! Rezaré por ella, como si fuera mi madre—balbució la pura criatura.

Y, conmoviendo a todos los presentes, inmóviles como estatuas ante la tragedia, Sara se arrodiló junto a la sin vida, para acompañar su alma en el camino eterno con sus oraciones...

FIN

Revisado por la censura militar

*A*l resonante éxito editorial alcanzado por el segundo volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

— DE —

LA NOVELA FILM

LA MADONA DE LAS ROSAS

según el argumento escrito para la cinematografía por el insigne dramaturgo español JACINTO BENAVENTE, seguida de nuevos acontecimientos de positivo valor.

PRECIO DE CADA VOLUMEN
PRESENTADO A TODO LUJO:

1 PESETA

*Se vende en todas las librerías
y librerías de España*

PRÓXIMO NÚMERO
LA MAGNÍFICA PRODUCCION

AL BORDE DEL ABISMO

Sentimental asunto, interpretación
de la hermosa artista

DOROTHY DALTON



10 sugestivas ilustraciones fotográficas
40 páginas :: Precio: 20 céntimos

• • Publicación selecta • •

Postal-regalo: **Georges Biscot**

LA NOVELA FILM sale todos los
• • Martes en toda España • •

Colecciones completas y números
sueltos al por mayor a precios corrientes,
de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL
ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.,
Barbà, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todas las librerías de España

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquitas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Las cinco figuras del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Boring, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del encantigo	Thomas Neighan
8	Heliotrope	Bébé Daniels
9	Cacería triunfante	Douglas Mac-Lean
10	Por la puerta de servicio	Elbet Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El indomado	Vivian Martin
13	Como aman las Mujeres	Kostos Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minder
19	De Borista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Crimen del Millonario Palau	Boazie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	¡Valiente lana de miel!	Lans Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El detective	Pearl White (Perla Blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Wette (Especial)	Dorothy Phillips

